

botas, le hizo pasar adelante. El combate estaba concluido; habia vencido Isabel.

La carreta se internó en el sendero de que hemos hablado al principio de esta verídica historia, haciendo huir de las rodadas llenas de agua las espantadas ranas. Cuando desembocaron en el camino y los bueyes, encontrándose en terreno más seco, pudieron hacer mover lentamente la pesada máquina á la que estaban uncidos, Sigognac pasó de vanguardia á retaguardia, no queriendo dar á comprender una asiduidad demasiado visible hácia Isabel, y quizás tambien para abandonarse con más libertad á los pensamientos que agitaban su alma.

Las torres en forma de pimentera del castillo de Sigognac estaban ya medio ocultas tras las copas de los árboles; el Baron se levantó sobre sus estribos para dirigirlas todavía una mirada, y, bajando los ojos al suelo, vió á Miraut y á Belzebú, cuyas plañideras caras llevaban impreso todo el dolor que pueden demostrar máscaras de animales. Miraut, aprovechando el tiempo que necesitó su amo para la contemplacion de las torres del castillo, estiró sus viejas piernas é intentó saltar hasta la cara de Sigognac, á fin de lamerle por última vez. Este, adivinando la intencion del pobre animal, bajóse y lo cogió por la más que holgada piel del pescuezo, le ayudó á subir hasta el pomo de su silla, y besó la nariz de Miraut, negra y rugosa como una trufa, sin intentar sustraerse á la caricia húmeda con que el reconocido animal enlustró los bigotes del hombre. Durante esta escena, Belzebú, más ágil y ayudándose de sus todavía aceradas uñas, habia escalado del otro lado la bota y el muslo del jóven, y presentado al nivel del arzon su negra y desorejada cabeza; haciendo un ronron formidable y girando sus desmesurados y amarillos ojos, imploraba tambien una señal de despedida. El

Baron pasó dos ó tres veces su mano por el cráneo del gato, que se levantaba y se bajaba para mejor gozar de las amistosas caricias del jóven.

Esperamos que nuestro héroe no será objeto de risa, si decimos que las humildes muestras de afecto de aquellas criaturas privadas de alma, pero no de sentimiento, le hicieron experimentar extraordinaria emocion, y que dos lágrimas subidas del corazon con un sollozo, cayeron sobre la cabeza de Miraut y de Belzebú y les bautizaron amigos de su amo, en el sentido humano de la palabra.

Los dos animales siguieron durante algun tiempo con la mirada á Sigognac que habia puesto su cabalgadura al trote para reunirse á la carreta, y, habiéndolo perdido de vista detrás de un recodo del camino, volvieron á emprender fraternalmente el camino del castillo.

La tempestad de la noche no habia dejado, en el arenoso terreno de las landas, las huellas que denotan las abundantes lluvias en las campiñas ménos áridas; el paisaje, refrescado tan sólo, ofrecia una especie de belleza agreste: los matorrales, limpiados de su capa de polvo por el agua del cielo, hacian brillar al borde de los declives sus pequeñas yemas violetas; las aliagas, reverdecidas, balanceaban sus doradas flores; las plantas acuáticas se empinaban sobre los renovados aguazales; hasta los pinos sacudian ménos fúnebremente su sombrío follage y esparcian resinoso perfume; pequeños penachos de azulado humo subian alegremente del seno de un bosquecillo de castaños, señalando la vivienda de algun colono, y sobre la ondulada superficie de la llanura, veíanse, como manchas, corderos diseminados acá y allá bajo la guarda de un pastor dormido en lo alto de sus zancos. Al confin del horizonte, semejante á archipiélagos de nubes blancas sombreadas de azur, aparecian los lejanos picos de

los Pirineos medio esfuminados por los ligeros vapores de una mañana de otoño.

El camino se introducía á veces entre dos escarpaduras cuyos desmoronados flancos no dejaban en descubierto más que una arena blanca como polvo de asperon, y cuyas crestas se veían coronadas de pelucas de malezas y de filamentos enredados que azotaban á su paso el toldo de la carreta.

En algunos sitios el suelo era tan blando, que había habido necesidad de reforzarlo con troncos de abeto colocados transversalmente, y daban origen á sacudidas que nacían proferir agudos chillidos á las comediantas. Otras veces nuestros viajeros se veían obligados á atravesar, sobre puentecitos que se conmovían bajo el peso de la carreta, aguazales y riachuelos que cortaban el camino.

En cada sitio peligroso, Sigognac ayudaba á bajar del carro á Isabel, más tímida ó ménos perezosa que Serafina y la dueña.

Respecto al Tirano y á Blazius, dormían indolentemente metidos entre los cofres, como gentes que se habían visto en trances peores.

El Matamoros marchaba al lado del carro para conservar, por el ejercicio, su delgadez fenomenal de la que tenía el más esquisito cuidado, y al verle de lejos levantando sus largas piernas, hubiérasele tomado por una grulla caminando entre el trigo. Daba tan enormes zancadas que á menudo se veía obligado á detenerse para aguardar el resto de la compañía; habiendo adquirido en sus papeles la costumbre de llevar la cadera hácia delante y marchar hendido como un compás, no podía andar de otra manera ni en poblado ni en el campo, y sus pasos eran siempre geométricos.

Las carretas tiradas por bueyes no van de prisa, sobre todo en las landas, donde las ruedas se hunden á veces en la arena hasta el pezon, y cuyos caminos no se distinguen de la tierra baldía sino por las rodadas de uno ó dos piés de profundidad; y aunque los valientes animales, encorvando su

nervioso cuello, obedeciesen valerosamente al aguijón del boyero, el sol se hallaba ya á bastante altura sobre el horizonte, y no habían hecho aun más que dos leguas, dos leguas del país, es cierto, tan largas como día sin pan, y semejantes á las que á los quince días debieron marcar las estaciones amorosas de las parejas encargadas por Pantagrúel de colocar columnas miliarias en su bello reino de Mirebalais.

Los campesinos que cruzaban el camino, cargados con una haz de yerba ó de chamarasca, iban siendo ménos numerosos, y la landa se ostentaba en toda su desierta desnudez tan salvaje como un despoblado de España ó como una pampa de América.

Sigognac, juzgando inútil fatigar por más tiempo su viejo rocín, se apeó y entregó las bridas á su criado, cuyas atezadas facciones dejaban ver á través de veinte capas de carmin la palidez de una emoción profunda. Había llegado el momento de la separación del amo y del criado, momento penoso, pues Pedro había visto nacer á Sigognac y llenaba cerca del Barón más que de criado las veces de un humilde amigo.

—Dios guie á vuestra merced,—dijo Pedro inclinándose sobre la mano que le tendía el Barón,—y le haga levantar de nuevo la fortuna de los Sigognac, cuya siento que no me haya permitido acompañaros.

—¿Qué habría yo hecho de tí, mi buen Pedro, en esa vida desconocida que voy á afrontar? Con tan escasos recursos, no puedo de ningún modo agravar la suerte con el cuidado de dos existencias. En el castillo, bien ó mal siempre vivirás; nuestros antiguos colonos no dejarán morir de hambre al fiel criado de su señor. Además, no hay que tirar la llave por debajo de la puerta de la morada de Sigognac y abandonarla á los quebrantahuesos y á las culebras como una vivienda visitada por la muerte y frecuentada por los trasgos; el alma de ese castillo existe aun en mí, y, mientras yo vi-

va, permanecerá á su puerta un guardian para impedir que los muchachos conviertan su escudo de armas en blanco de sus hondas.

El criado hizo una señal de asentimiento, pues tenia, como los ancianos servidores cuya suerte estaba unida á la de las familias nobles, la religion de la casa señorial, y Sigognac, á pesar de sus grietas, sus ruinas y sus miserias, le parecia todavía uno de los más bellos castillos del mundo.

—Y luego,—añadió sonriendo el Baron,—¿quién cuidaría de Bayardo, de Miraut y de Belzebú?

—Es verdad, señor,—respondió Pedro; y tomó de la brida á Bayardo por cuyo cuello Sigognac pasaba la mano dándole palmaditas como en señal de cariño y de despedida.

Al separarse de su amo, el noble bruto relinchó varias veces, y mucho tiempo despues todavía Sigognac pudo oir, debilitado por la distancia, el llamamiento afectuoso de la bestia reconocida.

Una vez solo Sigognac, experimentó la sensacion de las gentes que se embarcan y á las que sus amigos dejan en el muelle; es quizá el momento más amargo de la partida; el mundo en el que vivíais se retira, y os apresurais á reunirlos á vuestros compañeros de viaje, tanto el alma se siente sola y triste, y tanto tienen los ojos necesidad de posarse en un rostro humano: así es que el Baron alargó el paso para alcanzar la carreta que rodaba penosamente haciendo chillar la arena en la que sus ruedas trazaban surcos como en la tierra los abren las rejas de arado.

Al ver á Sigognac marchar al lado de la carreta, Isabel se quejó de que iba mal sentada y quiso apearse para desentumecerse un poco las piernas, segun ella decia, pero en realidad con el caritativo intento de no dejar al jóven señor presa de la melancolía y de distraerle con algun alegre chascarrillo.

El velo de tristeza que cubria la frente de Sigognac se dissipó, como nube atravesada por un rayo de sol, cuando la jóven se acercó á él reclamándole el apoyo de su brazo á fin de hacer un poco de ejercicio á pié, aprovechando la firmeza del camino en aquel paraje.

Caminaban así uno al lado del otro, Isabel recitando á Sigognac algunos versos de una de las comedias de su repertorio de los que ella no estaba contenta y queria que el Baron los enmendase, cuando de repente se oyó el sonido de un cuerno de caza á la derecha del camino, entre los jarales; las ramas se abrieron á impulsos del pecho de los caballos bajo cuyos piés gemian las vardascas, y la jóven Yolanda de Foix apareció en medio del camino en todo su esplendor de Diana cazadora. La animacion de la carrera habia hecho subir el más rico carmin á sus mejillas, las rosadas ventanas de su nariz palpitaban, y su seno latia precipitadamente bajo el terciopelo y el oro de su corpiño. Algunos rasgones en su largo guardapiés y algunos arañazos en los flancos de su caballo demostraban que la intrépida amazona no temia ni los sotos ni las malezas: aunque el ardor del noble bruto no tuviese necesidad de ser excitado, y sobre su cuello blanco de espuma se retorciesen hinchadas y nudosas venas llenas de generosa sangre, la amazona le hacia cosquillas en la grupa con el extremo de un látigo cuyo pomo lo formaba una amatista en la que se veia grabado su escudo, lo que hacia ejecutar al animal saltos y corvetas, con grande admiracion de tres ó cuatro caballeros ricamente ataviados y montados, quienes aplaudian el atrevimiento y la gracia de aquella nueva Bradamante. Pronto Yolanda, dejando quieta la mano, hizo cesar las demostraciones del cuadrúpedo y pasó cual exhalacion por delante de Sigognac, sobre quien dejó caer una mirada llena de desden y de aristocrática insolencia.

—¡Ved,—dijo la de Foix á los tres pisaverdes que galopaban á su lado,—ved el baron de Sigognac convertido en caballero de una cómica!

Y rompiendo en una carcajada, el grupo pasó de largo envuelto en una nube de polvo.

Sigognac, en un arrebató de cólera y de vergüenza, llevó la mano al pomo de su espada; pero él iba á pié, y hubiera sido locura correr detrás de gente soberbiamente montada; además ¿cómo provocar en duelo á Yolanda?

Una mirada lánguida y sumisa de la comedianta le hizo pronto olvidar la altivez de la castellana.

El día se deslizó sin otro incidente, llegando hácia las cuatro al lugar destinado á comer y á pasar la noche.

Esta fué triste en Sigognac; los retratos ofrecían, contra lo creible, un aspecto más desapacible aun y más avinagrado que de costumbre; la escalera sonaba más sonora y más vacía; las salas parecían haberse agrandado y desnudado. El viento gemía de un modo singular á través de los corredores y de las galerías, y las arañas se descolgaban del techo al extremo de un hilo, llenas de inquietud y de curiosidad; las grietas de los muros se habían ensanchado como bostezando de fastidio; en una palabra, la vetusta y desmantelada mansión parecía haberse percibido de la ausencia de su jóven dueño y afligirse de su abandono.

Bajo la campana de la chimenea, Pedro compartía su pobre cena entre Miraut y Belzebú, al humeante resplandor de una vela de resina, y en el establo se oía á Bayardo tirar de su cadena y morder el pesebre.



LA NOCHE FUE TRISTE EN SIGOGNAC.